



Publicación al servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

SOBRE EL INCIENSO, LA MIRRA Y OTROS OLORES AGRADABLES

La hagiografía abunda en historias que insisten en la emanación de perfumes que actúan como signo de beatitud.

Pese al legado judaico, la quema del incienso no forma parte de los ritos

religiosos de los primeros tiempos cristianos.

En las diversas religiones, los olores agradables -los perfumes- desempeñan un importante papel en los ritos y liturgias, en



la meditación, en las plegarias y en la comunicación con las divinidades.

El cristianismo no permanece ajeno a esta práctica pero la dota de un nuevo significa-

do.

El propio Jesús toma contacto con los perfumes más valorados desde muy pequeño. El incienso y la mirra que le ofrecen los magos venidos de Oriente, el aceite

Los perfumes en la antigüedad

de nardo, y los óleos funerarios con que ungen su cadáver, son sólo el inicio de una relación con los aromas que florecerá en el legado religioso de Jesús durante los siglos de formación y consolidación del cristianismo.

Los más antiguos documentos que registran los primeros cultos organizados reflejan un elemento común a las diversas religiones.

En todas ellas, los olores agradables -los perfumes- desempeñan un importante papel en los ritos y liturgias, en la meditación, en las plegarias y súplicas y en la comunicación con las divinidades.

Hacia el año 3200 a.C. se desbordaron el Tigris y el Éufrates y cubrieron una extensión de 100,000 kilómetros cuadrados con 2,5 metros de arcilla y cascotes.

Esta trágica inundación fue interpretada como la intención

divina de destruir a la humanidad.

La Epopeya de Gilgamesh, poema babilónico escrito poco después de 2000 a.C., relata cómo Utnapistim se salva del Diluvio ordenado por los Dioses, enojados y vengativos.

Al bajar las aguas, Utnapistim sabe que debe apaciguar las iras divinas y lo primero que hace es derramar una séptuple libación de vino y quemar maderas aromáticas: caña, cedro y mirto.

Para que la ofrenda sea aceptada, el olor del sacrificio debe resultar grato a las divinidades.

Afortunadamente para la humanidad, el aroma es recibido con beneplácito por los Dioses, que deciden no repetir el castigo.



“El cuervo partió y viendo que las aguas habían disminuido, Entonces dejó salir a

todos hacia los cuatro vientos.

Y ofrecí un sacrificio.

Los dioses olieron el olor,

Los dioses olieron

el suave olor,

Los dioses se

amontonaron

como las moscas

alrededor del sacrificio”

La historia judía del Diluvio bíblico que se relata en Génesis 8,20-21 presenta las mismas características. Cuando está en tierra firme, Noé ofrece un sacrificio a Yahvé.

Su aroma agrada tanto a Dios que decide que nunca más intentará destruir a la humanidad.

“Noé construyó un altar a Yahvé, y ofreció sacrificio en el altar. Al aspirar el agradable

aroma,

Yahvé decidió: ‘

Nunca mas maldeciré

la tierra por causa del hombre”

Los dos relatos que anteceden, uno politeísta, otro monoteísta, ejemplifican una faceta definitoria del carácter del sacrificio que rige la relación Dios-hombre: el olor debe resultar apropiado para la divinidad.

En su intento por agradar a la Deidad, los hombres buscarán la forma de obtener olores más cautivantes, más dulces. Buscarán sustancias que, al quemar, despidan perfumes intensos, penetrantes, peculiares, adecuados para sus Dioses.

Egipcios, sumerios, babilonios, judíos, griegos, romanos y cristianos —todos— han recurrido a la práctica de complacer a sus Dioses por medio de los aromas.



Los perfumes en la vida de Jesús

El cristianismo también apeló a los perfumes como otro de los recursos para la comunicación entre Dios y el fiel.

Ya en vida de Jesús, algunos aromas tuvieron su protagonismo, que se profundizará durante la Edad Media y que continúa hasta nuestros días, reflejado en los usos litúrgicos de las Iglesias de Oriente y Occidente.

Este artículo analizará el contacto del propio Jesús con los perfumes, la relación que tuvo con éstos en el transcurso de su vida y en el ámbito de su muerte, y que florecerá posteriormente en su legado religioso durante los primeros siglos de formación y consolidación del cristianismo.



Desde muy pequeño, Jesús toma contacto con los perfumes más valorados. Al ofrendarle su homenaje, los magos llegados de Oriente descritos en Mateo 2,11, le ofrecen sus presentes:

“Y habiendo entrado en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrados le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra”

Es evidente que la presentación de estos dones al Niño Jesús y su específica mención en el Evangelio no es un hecho trivial. El oro ha sido apreciado por todas las culturas, pero para comprender la estima en que se tenían al incienso y la mirra, es necesario efectuar algunas consideraciones y no olvidar los valores del mundo antiguo.

INCIENSO

La primera de las sustancias odoríferas mencionadas es el incienso. Esta palabra designa una sustancia aromática que se obtiene de ciertos árboles resinosos de la familia de las burseráceas cuyas exudaciones, al ser quemadas, despiden buen olor. Para producir un aroma más penetrante y pesado se le agregan otras sustancias, generalmente en número de cuatro, pero pueden llegar hasta trece, entre las que se encuentran sándalo, bálsamo, mirra, áloe, cedro, enebro, benjuí, almizcle, estoraque, ámbar. El incienso se conocía desde antiguo y se usaba para las ofrendas religiosas, ahuyentar a los espíritus malignos, alejar a las enfermedades y, naturalmente, como medio de comunicación de los hombres con sus Dioses ya que los perfumes deliciosos agradaban a las divinidades y los predisponían a favorecer lo implorado en las plegarias. Colocado sobre rescoldos de carbón, el incienso se consumía lentamente, dejando escapar su fragancia exótica. Al igual que el olor del sacrificio de animales y la quema de ofrenda de cosechas, su aroma agradaba a las divinidades y quien lo ofrecía accedía desde la tierra al estrato divino. Sus ruegos, mimetizados con el humo, ascendían hasta el Dios.

En el Antiguo Egipto, el incienso se usaba también para embalsamar y fumigar. En las fiestas, las damas más finas colocaban sobre sus

pelucas conos de incienso que se disolvían lentamente, impregnando su ropa y su pelo con perfume. En los tiempos bíblicos, la quema de incienso acompañaba los sacrificios de aceite, frutas, vino y otros sacrificios incruentos en el Templo de Jerusalén. Existía un altar especial en patio del Templo para la quema exclusiva de incienso. El propio Dios prescribe a Moisés la fórmula del incienso, que sólo podía ser preparado por la tribu de los levitas y los únicos que poseían el privilegio de ofrendarlo en el Templo eran los sacerdotes.

“Yahvé dijo a Moisés:

Toma en cantidades iguales los siguientes

aromas: resina, espinos y gálbano, especies

aromáticas e incienso puro. Prepara con ellos según el arte del perfumista un incienso perfumado, sazonado con sal, puro y santo; molerás una parte, que pondrás delante del Testimonio, en el Tabernáculo, donde yo me reúno contigo. Será para ustedes cosa sacratísima. No harán perfume de semejante composición para uso personal;

lo tendrán por cosa reservada a Yahvé. Cualquiera que haga otro igual para recrearse con su fragancia será extirpado de en medio de su Pueblo”

(Éxodo, 30, 34-38)



Al Sancto Sanctorum, donde se encontraba el arca de la Alianza, sólo estaba permitido entrar una vez al año. Esto era en el Día del Perdón, y el gran sacerdote, único autorizado, lo

hacía quemando incienso:

“Tomara del altar que esta ante Yahvé un incensario lleno de brasas y dos

puñados de incienso

aromático en polvo y lo

llevara todo detrás del velo. Pondrá el incienso sobre el fuego delante de Yahvé de manera que la nube del incienso

envuelva el Lugar del Perdón que esta encima del Arca, no sea que muera.

(Levítico 16, 12-13).

Pese al legado judaico, la quema del incienso no forma parte de los ritos religiosos en los primeros tiempos cristianos.

La práctica del encendido del incienso aparece en la liturgia cristiana alrededor del año 500 y al principio, sólo la Iglesia de Oriente quemaba incienso. Lo hacía antes de las plegarias con que se abría la liturgia y lo repetía muchas veces durante las ceremonias. Esta práctica continúa siendo hoy muy intensa en las Iglesias Ortodoxas ya que forma parte estructural de la liturgia: el incienso se usa para fumigar iconos, altar, utensilios de culto y la fumigación constituye un acto dedicado Dios, a quien se le rinde así honor y gloria. También se incensan personas y esto significa que hasta ellos ha descendido el Espíritu Santo. Los incensarios que se utilizan en el ámbito de las Iglesias Orientales, derivan de las formas de la arquitectura religiosa y presentan la forma característica



de las cúpulas bizantinas.

En el rito romano de la Iglesia Católica, el incienso se usa sólo como acompañamiento de otras acciones y su uso es aleatorio. Se puede emplear en la procesión de entrada, en la lectura del Evangelio, en el ofertorio y en la elevación de la Eucaristía. Al igual que en otras religiones, el humo del incienso significa la ascensión de las plegarias de los creyentes hasta Dios. El incienso no siempre se quema, ya que en el período de cuarenta días que media entre la Pascua y la Ascensión se insertan cinco granos de incienso en el cirio pascual, que simbolizan las cinco heridas de Cristo.

El ingrediente principal de los granos de incienso es una sustancia gomosa resinosa (llamada también incienso) que se extrae de diversos árboles o arbustos. Para obtener esta resina, se le hacen incisiones a las plantas para que exuden unas lágrimas semi opacas amarillas o rojizas que endurecen al contacto con el aire. El incienso deliberadamente producido por cortes provocados, se llama "incienso hembra". El que produce la planta naturalmente, es el "incienso macho" u olíbano y es más puro y de mejor calidad que el obtenido artificialmente. Su comercio era uno de los más lucrativos e importantes en la Antigüedad y la Edad Media, ya que se trataba de un artículo exótico, lujoso, sumamente costoso y muy apreciado.

En la Antigüedad se creía que el incienso era una sustancia divina y sus recolectores eran considerados sagrados. Durante la cosecha, los trabajadores debían abstenerse de ciertas actividades consideradas impuras, tales como asistir a funerales, tocar a los muertos, o tener relaciones sexuales. Al terminar la jornada, los

cosechadores debían desvestirse para ser revisados y evitar así la sustracción de la resina, prevención inútil ya que el temor y el respeto sagrado provocados por el divino incienso evitaban por sí solos cualquier intento de robo.

El uso que se le daba en el mundo antiguo era principalmente ritual. Egipcios, griegos, romanos, quemaban incienso en sus casas y en sus templos y lo empleaban en sus ceremonias funerarias, en la creencia de que el alma ascendía junto con el humo.

El incienso también se usaba en cosméticos y medicinas. Los egipcios lo mascaban para combatir el mal aliento y también para aliviar lastimaduras en la boca.

Griegos y romanos lo mezclaban con bálsamo y fabricaban ungüentos para las heridas y los chinos inhalaban el humo para curar los males respiratorios

MIRRA

La otra sustancia aromática que menciona Mateo es la mirra. Se trata de una gommresina aromática exudada por diversos árboles. De la familia de las burseráceas, es un árbol espinoso y presenta un tronco desproporcionadamente grueso al que se le practican incisiones para recoger una sustancia que, al secarse, se torna roja, translúcida, frágil y brillante.

Su nombre, mirra, proviene del árabe (murr) y significa amargo. Tiene una doble connotación: por un lado se refiere al sabor acre de la mirra, de la que se dice posee "gusto amargo y dulce olor". Y por otro, se refiere a la asociación

de la mirra con el dolor, en referencia a su empleo funerario. Se la utilizaba también en las ofrendas y se la podía quemar sola o junto con otras resinas, ya que formaba parte de la mayoría de las fórmulas del incienso.

De múltiples usos en la Antigüedad, se utilizaba la mirra para la fabricación de perfumes, ungüentos, medicinas. Se creía que curaba casi todo, desde las rozaduras de pañal hasta la calvicie. Se la utilizaba para tratar lastimaduras, problemas digestivos como atonía digestiva, dispepsia, gastralgia, diarrea y disentería; también como enjuague bucal, para bajar la fiebre y como emenagogo (para provocar el flujo menstrual)



Se le atribuía también un cierto efecto narcótico. Era práctica entre los romanos —como resabio de compasión hacia los condenados a tormento seguido de muerte— que se les ofreciera vino mezclado con mirra, a fin de adormecerlos previamente a su agonía. Antes de clavar a Jesús en la cruz le ofrecen, según esta costumbre, vino con mirra, bebida que rechaza: *"Y le dieron a beber vino mezclado con mirra, más él no lo tomó"* (Mateo 27,34).

Se usaba también en los embalsamamientos: los egipcios llenaban los cuerpos vacíos con mirra en polvo.

Por un lado, tapaba los olores de la carne en descomposición y por otro, también ayudaba a conservar el cadáver. Asimismo, se creía que purificaba el cuerpo, preparándolo para la vida en el más allá. Los judíos, que no practicaban el embalsamamiento, usaban mirra y áloe en los ungüentos funerarios para la preservación del cuerpo. Los cadáveres eran perfumados y ungidos con óleos y sustancias aromáticas antes de ser envueltos en lienzos blancos. En

Asiria se quemaba mirra en la cabecera de los moribundos, tal vez con intenciones antisépticas. Debido a su uso en los padecimientos y en los preparativos mortuorios, la mirra se asocia con el dolor y la muerte en las culturas antiguas.

Antes de ordenarle a Moisés cuáles han de ser los componentes del incienso, Dios especifica la receta para el óleo que han de usar los sacerdotes para sacrificar y ungir: (Éxodo 30,23-31)

El significado de la palabra Mesías en hebreo es "el ungido" y se tradujo al griego como "Khrístós", que no es un nombre propio sino que quiere decir "el ungido del Señor". La palabra griega "khrísma" expresa la acción de ungir y pasó a denominar al óleo (santo crisma) que se utilizaba para la unción. El óleo que debía ungir al Mesías, al Cristo Jesús, se preparaba con la dulce mirra.

Por otro lado, en el plano terrenal y profano, la mirra se asociaba con estilos de vida lujosos, con la opulencia y la riqueza, como símbolo de un elevado nivel socio-económico.

La mirra se relacionaba en el mundo antiguo con los preparativos amorosos, la voluptuosidad y el placer. Era el perfume con que se aromatizaban los lechos cuando se preparaban para el amor. El Cantar de los Cantares (1,12-13) se refiere a la práctica de las mujeres de llevar una pequeña bolsa que contenía mirra, bajo sus vestidos. Con mirra se perfumaban las camisas y las ropas de los reyes, y con mirra se preparaban a las bellas jóvenes que eran elegidas para formar parte del harén. El libro de Ester (2,13) refiere que las futuras esposas debían ungirse durante seis

meses con óleo de mirra antes de ser presentadas al rey

Su elevadísimo precio hacía que antaño se le considerara un tesoro; una sola gota de mirra tenía el poder de convertir a un perfume ordinario en costosísima y codiciada fragancia. Pero su demanda decreció a partir de la difusión del cristianismo ya que los enterramientos simples de los cristianos menguaron las prácticas crematorias romanas y con ello, el habitual uso de la mirra en los funerales.

Se ha analizado la importancia del incienso y la mirra y

sus usos y aplicaciones en la época del nacimiento de Jesús. Por otro lado, el aprecio que en ese entonces se tenía del oro es similar al que produce en nuestros días dicho metal.

A lo largo de la historia del cristianismo, diversos teólogos se han preguntado y han hallado variadas respuestas al por qué del regalo de los magos al Niño Jesús, algunas terrenas, otras espirituales o dogmáticas. El motivo que espontáneamente surge en primer lugar es el económico y



se refiere concretamente al valor de las ofrendas. Si bien hoy en día el oro tiene un precio altísimo y comparativamente el incienso y la mirra han perdido su valor, en los tiempos de Jesús, oro e incienso tenían aproximadamente el mismo valor. La ofrenda de los magos representaba, pues, un altísimo valor económico. Estos elevados valores del incienso y de la mirra explican por qué el comercio de ambos artículos era tan lucrativo.

Algunos Padres de la Igle-

sia y teólogos sostienen que el oro, metal precioso propio de reyes, simboliza el tributo a la realeza de Jesús, a su calidad de rey.

El incienso, de importante papel en los rituales religiosos y en las ofrendas a las divinidades era un tributo a la divinidad del Niño, el reconocimiento de que Jesús era Dios.

La mirra, usada en los embalsamamientos, en la unción de los cadáveres y en los ritos funerarios, era emblema de muerte y sufrimiento y, por lo tanto, prefiguraba la pasión y muerte de Cristo. Simbólica-

Los perfumes en la muerte de Jesús

mente era un tributo a Jesús hombre, a su componente humano. En el siglo V, Pedro Crisólogo y el papa León Magno declaran que los magos presentaron, entonces, oro para el rey, incienso para el Dios y mirra para el hombre.

Si bien los judíos no practicaban el embalsamamiento, preparaban a sus muertos con perfumes, ungüentos y óleos aromáticos, envolviéndolos luego con lienzos blancos, antes de ser depositados en sus tumbas. Cuando Jesús muere, sus amigos se apresuran a bajar el cadáver de la cruz para tener tiempo de prepararlo y sepultarlo antes de que comenzara el sabbat, ya que no les estaba permitido hacerlo en ese día dedicado a Dios. José de Arimatea y Nicodemo preparan el cuerpo con áloe y mirra. Pero el apresuramiento con que ungen el cadáver hace temer que éste necesite una preparación más minuciosa.

Por ello, una vez finalizado el sabbat, María Magdalena y las otras dos Marías se dirigen al sepulcro con "aromas y perfumes" (Marcos 16,1; Lucas 24,1) ya que en esa época era tarea de las mujeres la disposición

del cuerpo de los muertos y ellas probablemente consideraran que la unción de José y de Nicodemo no había sido suficiente.

El sepulcro está vacío: Cristo ha resucitado, pero el legado del mundo antiguo que relaciona religión y perfumes, encontrará en el cristianismo una nueva forma de contacto entre Dios y el fiel.

Tras la muerte de Jesús, los perfumes adquieren una connotación diferente e innovadora ya que pasarán a ser una manifestación de santidad de los hombres y no sólo una vía de agradar a Dios.

Una de las manifestaciones de esta transformación es la comparación la Virgen María con aromas apreciados: María es comparada con el cedro, porque el cedro mata a las serpientes con su olor. Los últimos días de la Virgen son narrados por un texto apócrifo, el Tránsito de la Bienaventurada Virgen María. El arcángel Gabriel se le aparece para anunciarle su inminente partida de la tierra y desde ese momento la rodea un exquisito



perfume, signo de su santidad:

María no muere, sino que es transportada al cielo en cuerpo y alma. Su hijo Jesucristo viene a buscarla mientras la Virgen se encuentra rodeada de los apóstoles (incluyendo a los que habían fallecido) que, avisados por el Espíritu Santo, han llegado de las diversas partes del mundo para acompañarla y despedirse. Esta instancia se conoce como Asunción.

Y cuando ella finó su plegeria, los discípulos repitieron: Amén. Y ella dijo a los discípulos: Encended el incienso y orad, y haced la señal de la cruz. Y cuando hicieron lo que ella decía, sonó un ruido como el de un gran trueno, y se expandió un perfume de indescriptible suavidad. Cuando María llega al Paraíso, la recibe un aroma delicioso. El Paraíso, tanto en los textos canónicos como en los apócrifos, se presenta siempre como la tierra de los aromas y de las piedras preciosas. Es probable que las referencias a los perfumes que actúan como manifestación de santidad signifiquen que quien lo

emana pertenece, por su elevada condición espiritual, a la esfera en la que el pecado no tenía cabida. Esta relación entre las fragancias exquisitas y los santos se manifestó ya desde los primeros mártires. Las crónicas insisten en que a sus muertes se difunden aromas deliciosos, "imposibles de describir". Este perfume maravilloso, síntoma de bienaventuranza, es al que alude la frase "morir en olor de santidad".

CONCLUSION

Los aromas tienen el poder de transportarnos a un mundo ya conocido de emociones y sentimientos profundos, no sólo religiosos. Porque de los sentidos, el del olfato es el único que le permite al hombre vivir dos veces el mismo instante. Los perfumes amados, conocidos, dormidos en nuestra memoria, son tan verídicos y reales como los sueños mientras los soñamos. No se narran ni se evocan: se

FUENTE:

Labibliaweb.com